

ESTRATEGIA

REVISTA DE ANALISIS POLITICO

ISSN-0185-6391

•economía •indigenismo •juchitán •el estado neoliberal
nuestra américa: ¡por la defensa de la soberanía!

Precio Pacto
\$ 5,820

92

marzo
abril
1990

Sumar fuerzas patrióticas / <i>Luis González Souza</i>	1
La economía se recupera y el pueblo sigue agobiado / <i>Víctor M. Bernal Sahagún</i>	7
La soberanía popular encallada / <i>Jorge Carrión</i>	11
Nuestra América: ¡Defendamos nuestra soberanía!	15
La defensa de nuestra soberanía, nuevo frente central de lucha / <i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	16
La realidad es más rica que la teoría <i>entrevista a Gerard Pierre-Charles</i>	25
Una nueva fase en las esperanzas del pueblo chileno / <i>Pedro Vuskovic B.</i>	38
Nicaragua nueva etapa de la revolución / <i>Roberto A. Valenzuela</i>	42
El sandinismo tiene mucho por delante <i>fragmentos de una entrevista a Víctor Tirado</i>	47
Cuba: al 4° Congreso del Partido	50
¡Solidaridad con Cuba!	52
Juchitán: lucha política y resistencia cultural / <i>Iván Rincón Esprú</i>	54
La práctica indigenista bajo la presidencia de Lázaro Cárdenas / <i>J. Cristóbal Díaz N.</i>	63
La expropiación petrolera, ejemplo vigente en la lucha por nuestra soberanía	72
¿A quién beneficia el Estado «neoliberal» mexicano? / <i>Fernando Carmona</i>	77

Estrategia. Revista de análisis político. Publicación bimestral de PUBLICACIONES SOCIALES MEXICANAS S.A. México, Año XVI, Vol. 2, No. 92, marzo-abril de 1990. Dr. Vértiz 1295-202 (Plaza Jorge Dimitrov). Col. Letrán Valle, 03650 D.F. o Apdo. Postal 73-206, 03020 México D.F. Tel. 604-75-39.

DIRECCION COLECTIVA: Alonso Aguilar M., Ignacio Aguirre, Fernando Carmona, Jorge Carrión, Ignacio Hernández. GERENCIA: José Rodríguez M. DIFUSION: Perfecto Bello H., Gabriela Hernández, Andrés Peñaloza.

COLABORADORES: Rodolfo Barona, Víctor M. Bernal, Luis Carrión, Víctor Cruz, Luis González Souza, Jesús Hernández G., Gastón Martínez Rivera.

AUTORIZADA como correspondencia de 2a. clase Registro DGC 0050675 características 229251 209.

SUSCRIPCIONES: En México, anual ordinario 30,000 pesos; anual de apoyo 60,000 pesos; anual institucional 60,000 pesos. En el extranjero: 30 dólares EUA. Precio del ejemplar 6,000 pesos; ejemplares atrasados 6,000 pesos.

Portada: Francisco Toledo, "Peces y tortugas" 1972 Fotografías: José Rodríguez Macías

La defensa de nuestra soberanía, nuevo frente central de lucha

Alonso Aguilar Monteverde

Nos afectan tan directa y gravemente ciertos problemas, en estos días de crisis, que es comprensible que a menudo demos la impresión de no reparar en otros incluso más importantes. Tras largos años de inflación, por ejemplo, en que los precios han subido como nunca antes y los salarios reales se han deprimido cada vez más no es extraño que, para muchas personas que trabajan en las más diversas actividades, el problema central por resolver sea cómo lograr que el rezago salarial se corrija y que al menos se recuperen los niveles de ingreso y de vida de hace unos años.

Para quienes, a consecuencia de la política neoporfiriana de «modernización» han quedado sin empleo, es obvio que lo principal es cómo obtener alguna ocupación, así sea inestable, mal retribuida e inferior a la que perdieron.

Para quienes el terremoto de septiembre de 1985 destruyó su casa y dejó sin techo, es natural que la cuestión de la vivienda sea el centro de sus preocupaciones, y que todo lo demás resulte secundario. E incluso es comprensible que a cada quien interese de preferencia aquello que, en la vida cotidiana, más le afecta: la falta del agua, de luz, de transporte o de seguridad en el barrio en que vive, la dificultad para legalizar un predio urbano y tantos otros problemas que no tenemos resueltos.

En verdad es explicable que la gente poco se interese y aun que viva de hecho al margen de múltiples asuntos

Lo que se juega en esta singular y decisiva contienda no puede exagerarse: es nada menos que nuestra libertad e independencia, el derecho de ser nosotros los queelijamos cómo vivir y organizarnos, o la aceptación de que, por no ser capaces de gobernarnos por nosotros mismos, otros asuman esa responsabilidad

que, siendo importantes, no es fácil seguir de cerca y entender en su verdadera dimensión.

La prensa se ocupa a diario de tales asuntos y no casualmente, en cambio, deja de lado otros que todos querríamos ver en sus páginas. Si se revisa cualquier periódico de estos días se sorprende uno del amplio espacio que se dedica al PECE, el famoso y en gran parte desconocido Pacto de Estabilidad y Crecimiento Económico que supuestamente expresa el acuerdo de millones de mexicanos — a quienes lo cierto es que nunca se consultó —, para que el gobierno haga lo que hace; al libre comercio que el país vecino del norte propone a México; a la modernización que nadie sabe, a punto fijo, en qué consiste; al éxito de las empresas trasnacionales que operan en campos fundamentales de nuestra economía; a ciertos aspectos de la renegociación de la deuda externa, a la miscelánea fiscal, la privatización de empresas, el narcotráfico y quién sabe cuantas otras cosas de las que, pese a todo, sabemos poco y se deciden al margen de nuestra participación.

Entre la realidad y la ficción

Y aunque es indudable que esos y otros problemas nos importan, también lo es que, dada la parcialidad con que se informa de ellos, el que algunos se aborden de manera demagógica, el que casi siempre se decidan a nuestras espaldas y, sobre todo, el que poco o nada se diga acerca de aquellas cuestiones concretas que más directamente nos aquejan, incluso —

y a veces sobre todo — cuando se hace una gran alharaca en torno a ciertas cosas y se gastan enormes sumas de dinero en reiterar tediosamente la versión que interesa hacer pasar a los de arriba como la verdad, no es extraño que la gente se muestre indiferente, ajena a lo que se le dice, o que esto le entre por un oído y le salga por el otro.

Lo cierto es que estamos cansados de que se nos repita lo que todos sabemos, no es verdad y aun lisa y llanamente, es una mentira. Por ejemplo todos sabemos que los precios de múltiples bienes y servicios siguen subiendo, desde luego mucho más de lo que admiten los índices oficiales, sin que a nadie importe la irresponsable forma de proceder de comerciantes y otros empresarios ni la complacencia de las autoridades; y sin embargo se nos dice a cada rato que la estabilidad se ha restablecido y la inflación está bajo control. Todos sabemos que los salarios quedan cada día más atrás de los precios, y no obstante se nos asegura que el nivel de vida del pueblo empieza a mejorar; sabemos que los ricos se vuelven cada vez más ricos y los pobres, más pobres; pero sin el menor recato, demagógicamente se nos habla de que se pretende un reparto equitativo de la riqueza y el ingreso. Y así por el estilo: se señala que se está combatiendo la corrupción en el gobierno, mas lo cierto es que la corrupción sigue viento en popa, y que nuestra soberanía está garantizada, pese a que se la lesiona gravemente.

Parecería que las palabras han perdido todo sentido y que no sabemos ya lo que significan. A la

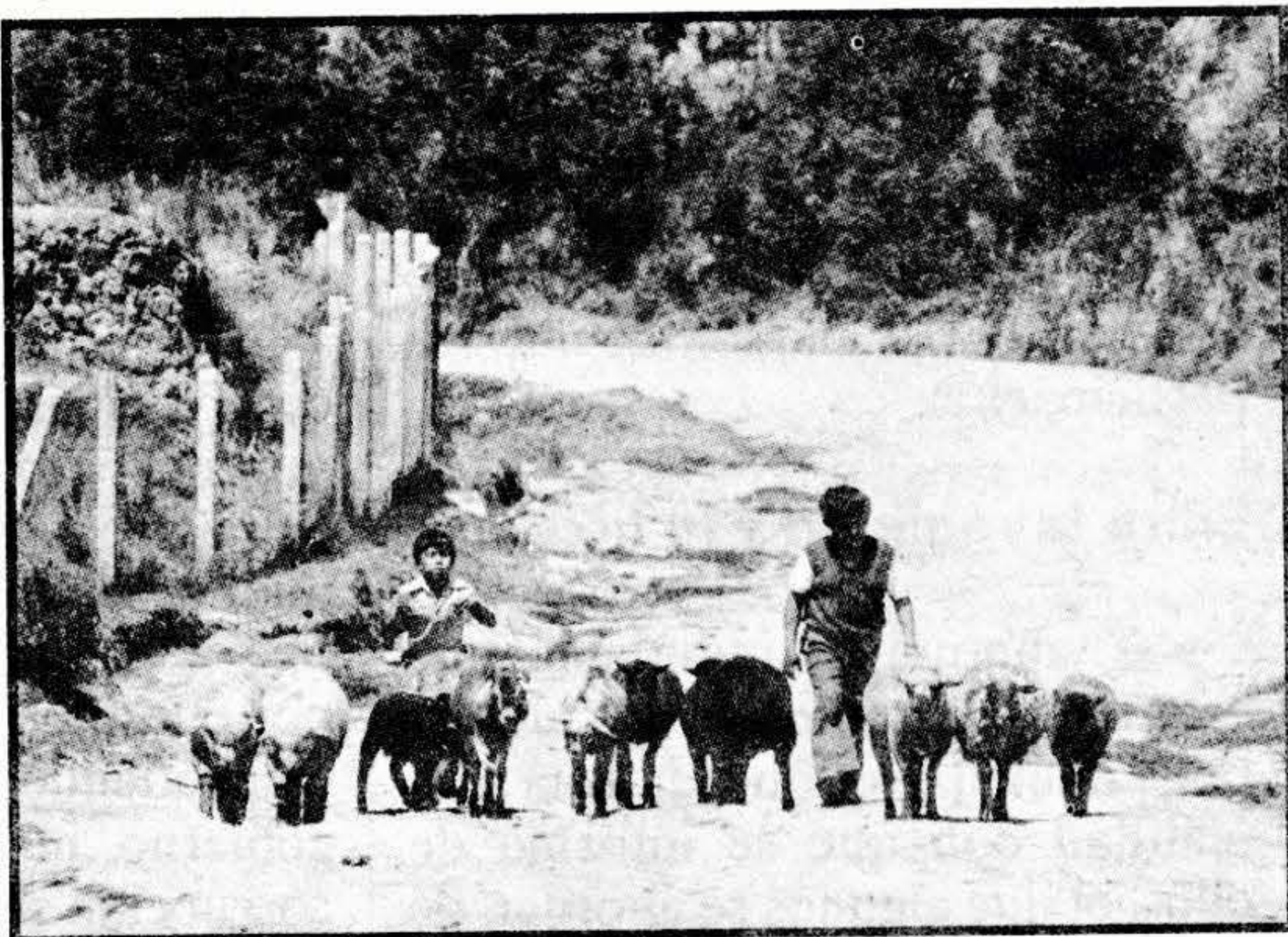
imposición se le llama democracia; a la explotación y el atropello, justicia; al privilegio y la miseria, igualdad; a la cada vez mayor subordinación a Estados Unidos y el capital trasnacional, independencia; al desempleo y la cancelación de viejas prestaciones y derechos laborales, modernización, y al desmantelamiento del sector público y la entrega — a bajos precios — de numerosas empresas estatales a los grupos monopolistas nacionales y extranjeros, fortalecimiento de la rectoría del Estado.

Desde luego es probable que la reacción de la gente fuera distinta la realidad de otras maneras y tratara de explicarse objetiva y seriamente si se encarara lo que acontece; pero ésta no es la misión de los medios de comunicación y confusión masiva.

En efecto a éstos no interesa explicar a qué obedece que, no obstante la severidad de la presente crisis y la forma brutal en que ésta golpea al pueblo, los ricos concentren una parte cada vez mayor del ingreso; no le interesa explicar por qué los salarios han retrocedido hasta sus actuales niveles; cómo la política de apertura hacia el exterior está incluso llevando a la quiebra a numerosas empresas mexicanas, reclamando grandes sumas de divisas que dejamos de invertir productivamente, y resultando más benéfica para el capi-

tal monopolista extranjero que para el nacional; por qué, en fin, se exageran demagógicamente las pequeñas ventajas de la renegociación de la deuda externa, se transfieren al capital privado empresas prioritarias y aun estratégicas reservadas al Estado y aun se nos dice que la relación con los Estados Unidos es mejor que nunca, pese a que en más de un aspecto tal relación es muy favorable y a que ahora estamos pagando el alto precio que impone la dependencia no sólo con mercancías baratas y trabajo mal retribuido sino con el traslado masivo de riqueza al capital extranjero e incluso con trozos de soberanía nacional.

A diferencia de quienes extrañadamente piensan que la política de Estados Unidos y otras potencias no lesiona gravemente nuestros mejores intereses, nosotros estamos convencidos de que sí lo ha-



ce, y que por ello tenemos no sólo que ejercer libremente nuestros derechos sino entender que son irrenunciables. Los hechos y por tanto las pruebas están a la vista.

Aunque desde hace muchos años nuestros pueblos reclaman un Nuevo Orden Económico Internacional, y desde 1974 esa demanda contó con el apoyo de la Organización de las Naciones Unidas, la verdad es que hasta ahora fue boicoteada por los países capitalistas más poderosos y que incluso éstos se ingrieron para imponernos un viejo e injusto orden de cosas, que de hecho acentúa la deformación de nuestras economías, impide su desarrollo y mantiene al grueso de nuestros pueblos en la miseria.

Y ahora las cosas son más graves, pues a las obvias desventajas de insertarnos en una división internacional del trabajo en posición subordinada, y de tener que pagar, por ello, un alto precio que consiste en transferir anualmente enormes sumas de dinero a los países más ricos, éstos, y concretamente los Estados Unidos, en actitud arrogante y sin respetar los derechos de otros pueblos se autoerigen en jueces, en guardianes de nuestros actos, y sin importarles la soberanía nacional, intervienen en los asuntos internos de otros países e incluso pretenden ser quienes decidan si en ellos hay democracia, si hay o no libertad y si su política económica es o no la que, según la tesorería norteamericana o el Fondo Monetario, debiéramos adoptar. Y si resulta que las cosas no son como —según Washington— debieran ser, nada hay que impida a los Estados Unidos, como lo vimos hace unas semanas en Panamá, en Nicaragua y ahora en una de las más violentas campañas contra Cuba, recurrir incluso a la invasión militar, a la guerra sucia, a la calumnia

y a cualquier otro medio legal, moral y políticamente inadmisible y repudiado por el derecho y por la comunidad internacionales.

Defender resueltamente nuestra soberanía es hoy la tarea principal a acometer

Ante la grave situación creemos ha llegado la hora de hacer de la defensa de nuestra soberanía un frente central de lucha. Así lo cree el Movimiento del Pueblo Mexicano, cuya posición seguramente es compartida por muchas organizaciones y por millones de compatriotas.

Somos concientes de que nos enfrentamos a múltiples problemas, y que no pocos de ellos son, en verdad, muy complejos. No menospreciamos ninguno de ellos, y respetamos los esfuerzos que se despliegan para tratar de resolverlos. Mas el problema de la soberanía nos parece que es el eje en torno al cual giran hoy muchos otros. Veamos por qué.

En la doctrina de la soberanía nacional, desde sus formulaciones clásicas, lo nacional y lo popular estuvieron siempre estrechamente ligados, y hoy día son dos partes inseparables de un mismo concepto y una misma realidad.

¿Qué significa esto? Que la soberanía nacional sólo es viable en tanto tenga como fuente, base, punto fundamental de apoyo e incluso forma principal de expresión la soberanía del pueblo. O en otras palabras, la condición para defender hoy eficazmente la soberanía nacional es que el pueblo ejerza el poder.¹

Sabemos que ésta no es aún la situación en nuestro país: que el poder económico y financiero se concentra en unas cuantas decenas de poderosos grupos de corte monopolista y oligárquico — para colmo algunos de los más poderosos, extranjeros —, y que el poder político lo ejerce fundamentalmente una minoría burguesa, a través de numerosos cuadros profesionales que a menudo llevan muchos años en los más altos puestos, y que lejos de estar allí porque el pueblo los elija en elecciones democráticas en que vote libremente y su voto sea respetado, lo están por amiguismo, porque tienen influencias, porque son del partido oficial o porque alguien los impuso de arriba abajo, sin importarle la Constitución, el sufragio efectivo ni la soberanía del pueblo, que es la esencia de la soberanía nacional, pues este es el sentido del postulado constitucional — Artículo 39 —, según el cual "la soberanía nacional reside esencial y originariamente en el pueblo".

Sin un gobierno realmente popular y sin un sistema político y social en que el pueblo participe en la toma de las decisiones que más le afectan, no hay en realidad democracia, y sin ésta, o sea sin soberanía popular, no hay tampoco la posibilidad de defender con éxito la soberanía nacional. Soberanía y

democracia están, pues, estrechamente ligadas entre sí. Como lo están también soberanía política e independencia económica y cultural. Y no sólo eso: sin tales condiciones, la soberanía nacional se vuelve un concepto formal y abstracto que en rigor pierde toda su importancia.



Arrogancia imperial

En años recientes comprobamos dramáticamente lo que, sobre todo bajo una severa crisis como la actual, significa la subordinación económica al extranjero y la forma en que ésta lesiona nuestra soberanía. A través, como se sabe, de una ruinosa deuda externa, de un comercio exterior desigual e inequitativo, de políticas comerciales restrictivas y discriminatorias de las grandes potencias, de la onerosa adquisición de nuevas tecnologías, de la fuga de capitales y otros medios, México y otros países han perdido enormes sumas de dinero, en realidad de su potencial productivo, lo que no sólo deforma sus economías y frena y desvía su desarrollo sino que les priva de la

posibilidad de usar sus propios recursos como mejor les convenga, lo que sin duda lesiona gravemente su soberanía, pues aparte de tener que enfrentarnos a una situación excepcionalmente difícil, ahora ni siquiera podemos tratar de responder a los problemas con las medidas que consideramos más adecuadas. Como si fuera poco lo que nos cobran por la deuda, el comercio y el movimiento de capitales, a manera de cláusula no escrita, los organismos financieros internacionales nos imponen — y la oligarquía y el gobierno mexicano aceptan — una política económica reaccionaria, antidemocrática y desnacionalizadora que subraya las ventajas — aunque desde luego no dice para quién — de la apertura hacia el exterior, la liberalización comercial, las facilidades máximas al capital extranjero, la industrialización maquiladora, la venta de empresas estatales a monopolios privados, la reducción del gasto social e incluso de la inversión pública, el desempleo, la baja de los salarios, la hostilidad hacia el movimiento sindical y la cancelación de prestaciones y derechos que los trabajadores conquistaron desde hace años y con grandes esfuerzos.

A la dependencia económica y al hecho de que ni siquiera podemos optar por la política que mejor responda a nuestros intereses, se añade hoy una intensa y desgarradora penetración ideológica extranjera que atenta, en particular, contra nuestra cultura y nuestra soberanía cultural. México tiene una larga y rica historia y una cultura que tomó desde luego mucho de las

de otros pueblos, pero que tiene raíces, tradiciones y formas de expresión propias. Pero esto nada significa para los propagandistas del *american way of life*, empeñados en imponer y hacer prevalecer sus valores imperiales como los únicos aceptables.

Bajo una engañosa y discutible modernización, y a partir de la idea de que la globalización del mundo y quién sabe qué extrañas leyes nos obligan a someternos a los dictados del capital trasnacional, se pretende que sólo los Estados Unidos, o cuando más la "dama de hierro" inglesa o el arrogante y reaccionario señor Kohl, de la Alemania imperialista, tienen autoridad para decidir si en otros países hay libertad, democracia, respeto a los derechos humanos, gobiernos legítimos y formas de organización aceptables. Y como todo lo que se aparta de sus patrones y su estrecha, mercantilista, mezquina y aun absurda manera de ver el desarrollo histórico de la sociedad no merece siquiera el menor respeto, al derecho de autodeterminación de los pueblos responden con la fuerza a secas, la ilegalidad, la calumnia, la intervención incluso armada, propia o mercenaria, como lo vimos en Granada, Panamá y Nicaragua, y hasta el intento de pensar por nosotros mismos, de rescatar lo mejor de nuestra historia y de afirmar nuestra identidad y nuestros valores fundamentales, en pocas palabras, de decidir nuestro destino, se ve como algo anacrónico, como una herencia y aun un prejuicio de los que debemos librarnos si queremos ir al paso de las grandes potencias.

Nos estamos jugando nuestro destino

Lo que se juega en esta singular y decisiva contienda no puede exagerarse: es nada menos que nuestra libertad e independencia, el derecho de ser nosotros los que elijamos cómo vivir y organizarnos, o la aceptación de que, por no ser capaces de gobernarnos por nosotros mismos, otros asuman esa responsabilidad.

Somos conscientes de que, para ciertos mexicanos y otros latinoamericanos, principalmente miembros de las minorías ricas, la causa de nuestra independencia es hoy utópica, y que por tanto lo único realista y aconsejable es acomodarnos con habilidad a las condiciones que los más poderosos nos impongan.

Somos concientes, también de que ese sólo hecho vuelve la lucha en defensa de nuestra soberanía e independencia sumamente difícil y riesgosa, y obliga a librarla no sólo frente a los enemigos de fuera sino en el seno de nuestros propios países, o sea en casa.

Pues bien, si esa lucha ha de triunfar, deberá satisfacer ciertas condiciones esenciales:

1) La primera es advertir que si bien nuestra soberanía está en peligro y aun ha sido ya seriamente

lesionada, por fortuna no todo se ha perdido. Incluso hay mucho por preservar, por defender y por rescatar, lo que si no se menosprecia, da a nuestra lucha una sólida base y mayores posibilidades;

2) Las formas y condiciones en que se vulnera nuestra soberanía no son las de siempre. Algunas pueden ser similares, pero otras son distintas y

nuevas, y aun forman parte de la actual violencia ofensiva sobre todo estadounidense, que como ya se dijo, parece no respetar derecho alguno y en particular el de autodeterminación de los pueblos.



Entre las formas nuevas en que se expresa el propósito de limitar nuestra soberanía y de subordinar a nuestros países a los intereses imperialistas, están por ejemplo las empresas transnacionales maquiladoras, sobre todo en la frontera norte, cuya influencia en la vida regional es cada vez mayor, el uso de satélites y de la televisión, y en menor medida del radio, el cine, la prensa y otros medios para hacer prevalecer su versión de lo que acontece y sus posiciones políticas e ideológicas; la apertura al exterior y la liberación comercial y financiera —y de hecho la imposición de las políticas fondomonetaristas—, que aparte de endeudarnos en forma desme-

dida, han fortalecido a la inversión extranjera, empobrecido a los trabajadores y nos están obligando a importar numerosos artículos que no necesitamos, y que contribuyen a desequilibrar la balanza de pagos y a deformar y volver más irracionales nuestros patrones de consumo, y en fin, la llamada "globalización", el tipo de modernización y la integración subordinada a los Estados Unidos que pretende imponérsenos, a fin de que nuestras economías se inserten en la división internacional del trabajo como conviene a las grandes potencias y sus poderosos bloques económicos regionales.

3) El hecho muy importante de que la embestida imperial contra nuestra soberanía no sólo se intensifique sino que adopte nuevas formas y utilice otros métodos, obliga a reapreciar lo que del lado de los pueblos se ha venido haciendo hasta aquí, y a desarrollar al máximo la capacidad de respuesta a los nuevos desafíos. Repetir mecánicamente lo que bajo otras condiciones se intentó hacer, en marcos estrechos y a menudo sin mayor éxito, sería del todo inaconsejable. Lo que ahora se exige es actuar y organizarse de nuevas maneras, trabajar con creatividad y desplegar la mayor iniciativa posible.

4) La lucha por la soberanía no es contra otros países ni, menos aún contra otros pueblos, con los que aspiramos —incluido desde luego el norteamericano— a un trato amistoso. Se libra en realidad contra una minoría extranjera —y a los nacionales a su servicio—, pero

una minoría muy poderosa y dispuesta a emplear todos los medios a su alcance para preservar su dominación y sus privilegios.

5) Lo que esa lucha pretende no es, por otra parte, aislarse o hacer de la confrontación la mejor arma. Todo lo contrario. Lo que se busca es una relación cordial y mutuamente ventajosa, así como una creciente cooperación a base de respeto y pleno reconocimiento al derecho de autodeterminación de los pueblos;

6) Si bien se combate a una minoría, se aspira a hacerlo exitosamente porque se descansa en una amplia mayoría. En efecto el potencial patriótico de nuestro país es muy grande, y a la vez muy heterogéneo, lo que supone tener capacidad para atraerlo, movilizarlo y, de ser preciso, lograr que actúe consecuentemente y de manera organizada y unida.

7) Lo anterior sólo puede lograrse a partir de posiciones nacionalistas, amplias, flexibles, desprovistas de todo radicalismo verbal, apoyadas firmemente en nuestra historia, desde luego no sectarias, que sepan sumar y no restar fuerzas, y si las organizaciones más importantes respetan a las demás e incluso no menosprecien a la gente no organizada, que sin duda tiene también mucho que aportar.

8) Las formas que esa lucha adopte tienen que ser fundamentalmente nuevas, eficaces, creativas, atractivas, concretas y que respondan a los intereses, inquietudes y aspi-

raciones de los diferentes segmentos de la población, así como a las condiciones propias de cada ciudad o región.

9) La defensa de nuestra soberanía debe realizarse fundamentalmente en el ámbito nacional y, a la vez no limitarse a nuestras fronteras sino proyectarse claramente hacia el resto de nuestra América, e incluso del Tercer Mundo en su conjunto. Y así como reafirmar nuestra soberanía es una manera — casi siempre la mejor — de ayudar a otros pueblos hermanos, la lucha de éstos es también una valiosa contribución a la causa de nuestra libertad e independencia. Lo que quiere decir que, a estas horas, defender nuestros mejores intereses nacionales exige luchar por la unidad y solidaridad de nuestros pueblos, como nuestra causa común.

10) En esa línea de acción, la integración nacional y regional se vuelve indispensable, y esta última — desde luego no fácil pero susceptible de lograrse, en los más diversos

planos — se convierte en nuestra mejor posible defensa y en un objetivo fundamental a alcanzar frente a las nuevas formas de integración del capital monopolista transnacional y a los bloques económicos regionales de las grandes potencias.

11) La lucha por nuestra soberanía se desenvuelve, pues, en un amplio y complejo marco, en el que se mueven múltiples fuerzas. Desde luego es una lucha política, pero también es económica, social, ideológica y cultural. Es una lucha de largo alcance y a la vez cotidiana. Y por ello, precisamente, conviene librarla en los más diversos planos y en todos los frentes: en las fábricas y los sindicatos, en los partidos, en las escuelas, en las iglesias, en las organizaciones profesionales, en el gobierno, en las empresas e incluso en el seno de la vida familiar.

1 Véase, del autor de este artículo, el cuaderno: "Defensa de nuestra soberanía nacional y popular". Ed. Nuestro Tiempo. México, 1989.